

—Yo le pegaba duro y le decía puta, puta, pero ella de repente se volvió perro negro. Ser un bestia terriblemente bravo. Yo correr por la playa más ligero que el diablo, huyendo, huyendo. Carajo, hombre, llegué echando los bofes y me encerré en mi casa. Por mi madre, ya nunca más joder a Ida Durgel.

La lección fue rotunda, pero, en efecto, quien lo atacó a mansalva fue Barrabás.

Sólo Felipe lo sabía.

X

El regreso de la Walkiria

Por causas de la guerra de secesión de Lincoln, los vapores no llegaban a la isla con la misma frecuencia de antes por lo cual el negocio del **Blue Moon**, poco a poco, se fue viniendo abajo.

Linda y Bibby vivían en la ciudad. A veces visitaban el morro con el pequeño Freddy de cinco años, pero de pronto dejaron de ir. Sin previo aviso se esfumaron. ¿Se irían a Lima?

Yamal Sing, inactivo, recorría el pueblo con una enorme tamuga al hombro e iba de casa en casa ofreciendo su mercancía del Asia (lino, cáñamo y sedería de primera) que consistía en manteles, fundas, sábanas, pijamas, blusas, con preciosos encajes, y chucherías diversas, tejidas o bordadas.

Le fiaba a todo el mundo y entregaba sus finas piezas sin recibo. Sabía que tarde o temprano sus clientes siempre le pagaban.

Era curioso verlo andar descalzo, con sus ropas de hindú y su turbante, caminar bajo el sol, con su gran bulto a cuestas.

Era un hombre sencillo. Con su barba crecida y su aguileña seriedad hierática, se sentaba a veces bajo los tamarindos y meditaba con las piernas cruzadas. Sus compatriotas, que inundaban la ciudad capital, lo adoctrinaban y le vendían al crédito lo que él deseaba.

El aire exótico y el misticismo de Yamal Sing hacían que Fífila soñara con sultanes y amores de **Las mil y una noches**, pero el culí de mierda no se dignaba ni mirarla. Tal vez el joven y atractivo hindú tendría en sus planes desposarse con alguna doncella inmaculada. Por desventura, Fífila ya había perdido su fragancia virginal. Muchos eran los dólares y mil las

tentaciones que a diario circulaban por el **Blue Moon**; pero Fífila necesitaba y codiciaba blusas, sábanas, fundas y ricas sederías que Yamal Sing llevaba en su tamuga. Gastar dinero en ciertas cosas le parecía superfluo, pues Fífila pensaba que un bello cuerpo joven como el de ella también podía canjearse como en un cambalache de mercancías. Utilizando la primitiva fórmula del dando y dando, ella pagaba siempre con su cuerpo al contado. Por eso esperaba que su víctima, Yamal Sing, único hombre de quien de veras se había prendado, caería tarde o temprano entre sus brazos.

Cierto día, a prima noche, Fífila vio llegar a Yamal Sing quien regresaba de su habitual recorrido por el pueblo. Fífila le notó el paso vacilante. Seguramente había bebido algún trago en casa de alguno de sus clientes. Lo invitó a entrar a su recámara con el pretexto de que ella quería ojear la mercancía y comprar algo.

Aun tratándose a diario, no había entre ellos la más remota intimidad debido al tímido carácter del hindú.

Le ofreció chicha fuerte la cual él nunca había querido probar, lo que indicaba que estaba en punto de caramelo porque bebió vaso tras vaso.

Deshecha la tamuga, regó la mercancía por el suelo.

Fífila iba escogiendo sábanas, blusas, fundas, pañolones, refajos, chales.

Sobre las mismas piezas de hilo regadas por doquier se revolcaron los dos cuerpos desnudos en furioso cambalache genésico.

Yamal Sing, desde entonces, fue amante y cliente asiduo de Fífila. El culí ahondó de veras en las carnes macizas de la mulata. En cada posesión ella sentía que se dejaba arrastrar por un torrente tan caudaloso como las mismas aguas del Bramaputra y del Rajputana juntos.

Inesperadamente, Fífila le anunció que estaba encinta. ¿Se iba a casar con ella? El buen culí no dijo ni fu ni fa. Las relaciones entre los dos amantes continuaron fluyendo raudas y cantarinas cual las aguas de Ganges.

A medida que la panza aumentaba decrecía la tamuga.

A pesar del mutismo del hindú, Fífila comenzó a concebir esperanzas de una paz hindostánica. Sin embargo, cuando ella menos lo pensaba, la tamuga viajó para Bombay. Claro, lo hizo después del parto, pues él quería un varón como Rama, pero fue diferente.

De su unión con el místico culí le nacieron a Fílila dos preciosas gemelas, bellísimas culisas, a las cuales, por consejo del tata, iban a bautizarlas con los nombres de Kamasutra y Anangaranga, libros de amor de la India, pero el cura se opuso, por ser apelativo paganos. Buscó en el Santoral y les puso María Fernanda y María Augusta que, en fin de cuentas, quedaron reducidas a Nanda y Tuta.

Años más tarde, casi a finales de la primera guerra europea, de modo intempestivo, llegó a la nueva fonda de Fílila y Faustina una señora joven aún con dos niñitas que la llamaban Bibby y, a ratos, le decían abuelita.

Faustina y Fílila recordaron a la pequeña Bibby por cuya ausencia murió Lavinia. Bibby, sí, la Walkiria, que había quedado encinta por obra y gracia del Espíritu Santo. Claro que recordaban. Fue un caso de inmaculada concepción, como la Madre de Dios.

—Y aún sigo siendo virgen —dijo ella—. Tuve que dar a luz mediante cesárea. Infamias de Eddy, que era un hombre perverso. Mejor no recordarlo. Por culpa de él odio a los gringos. Dios me perdone, pero tampoco quiero a mi hijo Freddy. Vino al mundo contra mi voluntad. Y es, además, extraño a mi manera de ser. Más se parece a su padre.

—Oí que usted era una niña muy inquieta de trenzas rubias —dijo Faustina—. Lavinia nos decía que cabalgaba sobre un caballo blanco y que por eso el **míster** solía llamarla la Walkiria.

—Sí, mi **poney** Lucero. Tuvimos que venderlo en la ciudad. Mi hijo Freddy, Sigfrigo, se fue a la guerra con su esposa, que era enfermera; me dejaron las hijas, estas niñas, tan iguales que parecen mellizas. Son Mimila y Titila. Ahora han quedado huérfanas pues la mamá murió en un bombardeo. Freddy vive en la Zona. Sería mejor que no volviera a la isla, porque es insoportable. Pienso instalarme con estas dos niñitas en la cabaña donde vivían los negros de Alan Bristol. Quiero vivir tranquila. Soy partera. Estudié enfermería y obstetricia. Si debo ser sincera, tan sólo he practicado ambas cosas. No tengo credenciales. Habría podido quedarme en la ciudad, pero lo cierto es que añoraba este sitio, la playa, el mar, la gente. Mi mamá Linda Jara se fue al Perú. También a ella la agarró la nostalgia. La verdad es que en la isla todo había terminado para ella.

—Sí, claro —dijo Fílila—. Cuando se abrió el Canal los transatlánticos comenzaron a surtir en sus muelles. Las navieras se retiraron de esta isla. Las enormes instalaciones siguen abandonadas. Nosotras preferimos

abrir esta nueva fonda bajo los tamarindos. Por costumbre resolvimos llamarla Blue Moon pero, claro, no es ni sombra de la de antes.

—Debo limpiar y sacudir la casita. Mi hijo Freddy viene de vez en cuando con sus amigos. Imagínense. Estará sucia, descuidada.

—No se preocupe —dijo Fífila—. Nosotras dos podemos ayudarla.

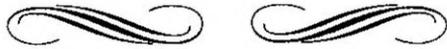
—Abuelita, ¿nos dejas ir al mar?

—Primero debemos instalarnos.

—Déjelas, Bibby —la aconsejó Faustina—. Yo las puedo cuidar.

—Solamente mis nietas me siguen recordando el remoquete que, por cariño, me daba mi mamá cuando yo era una chiquilla traviesa. Prefiero que las personas grandes me llamen por mi nombre. Bibby es correlativo de Balbina.

DECÁLOGO OCTAVO



Las copróforas

Al bajar a la playa sintió la urgencia de sus tripas. Afortunadamente no soy estético como mi tía Faustina. Sistemáticamente cago cada mañana después del desayuno. Brisa marina. Olor ¿a qué? Basura. Desperdicios. Anoche el Mogo Tin se vomitó aquí mismo. Con razón hiede. Barcas varadas. ¿Pleamar o bajamar? Olas serenas. Subió al maltrecho puente de madera que conducía al retrete. Avanzó con cuidado por los gruesos tablones carcomidos. Pueden quebrarse y... ¡cataplum! Sus alpargatas se posaban sobre ellos con pasos blandos, cautos, ágiles. Trastes de una guitarra. (Mogo, mejor olvídate. Te falta oído. Tus dedos no saben deslizarse sobre las cuerdas para que vibren. Son como las mujeres. Hay que saber tocarlas. No tienes tacto.) Bajo sus pies ondeaban las transparentes aguas. Anoche hubo creciente; pero en la bajamar, marea tranquila. Felipe se apoyó en la baranda. Miró hacia la ondulante licuacidad. Verde claro. Más que esmeralda, malva. ¿Será mejor que verlo a través de un vidrio? Podía mirar hasta las cosas del fondo. Cascajo. Caracoles. Un culo de botella. (No te lo bebas todo, Chen, déjame un trago. ¿Qué ron trajiste? Sabe a níspero.) Entre uno y otro de los negros pilotes que sostenían el gabinete nadaban bagres, mojarras, pejesapos y alguno que otro tamboril. (Ráscale la barriga, Betín. Chiquillo bruto. No lo hagas con la mano. Tiene púas. Debes hacerlo con una concha. Así. ¡Fíjate; ¡Mira! Ya se está hinchando como una gran pelota de basket. Acarícialo más. Ahora, apártate. Lo voy a reventar con esta piedra.) Los bordes de las rocas mayores sobresalían del agua dejando a la intemperie cangrejos verdinegros. (Felipe, el Mogo Tin y Marino, cuando bajaba la marea, vagabundeaban semidesnudos y a pie descalzo por el mariscadero, comiendo ostiones crudos que sazonaban con sal, limón y ají picante.) El vientre le mandó un nuevo aviso. Algunos mástiles se mecían a lo lejos. De una balandra le hicieron señas. Siguió

rápido hacia el excusado. ¿Por qué me han saludado? ¿Los conozco? (Huele a la puta madre. La suya al que haya sido.) Prefiero la fragancia de Cándida. Jazmines. Los del bote deben ser mis amigos de San Miguel. Venden en la ciudad las ostras. Ganan poco. Se juman y zarpan nuevamente. Traerían alguna carga de conchanácar para el Ñopo. ¡Abajo ropas! Se sentó a toda prisa. Qué desahogo. **Relax**, decía la gringa. Mientras exoneraba, veía por las rendijas del piso la gran voracidad con que los peces se daban el hartazgo del siglo con los restos de lo que ayer me supo a gloria. Bucear de nuevo. ¡Qué pestilencia, concho!

—Sí, un alcantarillado resultaría costoso —adujo Chago Manuel Ladera—. Aquí en la isla no nos podemos permitir ciertos lujos. Que cada cual lo haga a su modo, en bacinilla o donde lo sorprenda el apuro. Nada importan ni el sitio ni el recipiente. Lo saludable, según dice tío Plácido, es evacuar a tiempo. Nuestra renta municipal es tan exigua que, aparte de otros gastos menudos, apenas nos alcanza para comprar el querosín de los faroles. Con todo y eso, no falta quien se queje del alumbrado. Menos mal que nuestras noches de luna son tan claras, que Cucho el lamparero puede echarse sus tragos y olvidarse de encender los faroles, pues todo es más romántico sin luces y algo se economiza. La verdad es que en vista de la lipidia del Concejo, mejor olvídense. No podemos pensar ni en acueducto ni en alcantarillado ni en planta eléctrica. Esas obras de gran envergadura debe costearlas el Gobierno. No hago otra cosa que elevar memoriales: pero aunque sean mil y quinientos, de nada servirán. Bien saben que allá en la capital no hacen caso de las necesidades pueblerinas. La única solución es construir más retretes en los sitios donde los arrecifes impiden que la gente se bañe.

Chago Manuel Ladera se la tenía velada al Ñopo Juan no solamente por viejos resquemores familiares debido a su rapiña voraz sino además porque en esa época el gallego era del bando opositor. De ahí el afán de Chago por hacer la letrina sobre el escolladero donde caía el traspatio de la Casona. El Ñopo había soltado mil coños y puñetas cuando le fue imposible evitar que le plantaran ese primer defecadero junto a su casa. Se daba a los mil diablos cada vez que la brisa, bien cargada de emanaciones nauseabundas, inundaba su casa. La hedentina lo sacaba de quicio. ¡Coño, me cago en Dios y en la putísima madre del que inventó la mierda! Cuando cambió el Gobierno, quiso valerse de su vieja amistad con Chinino Olaya para que el Municipio echara abajo lo que él llamaba el cagadero de la isla; pero el Cabildo en pleno puso sus condiciones: Mientras Marino Olaya no

cumpla su promesa de darle al pueblo no sólo el acueducto y el alcantarillado sino también la luz eléctrica, el gabinete seguirá en pie. De buenas a primeras, una mañana desembarcó en El Izabal un ingeniero sanitario. Iba de caqui, salacot y polainas. Llevaba la misión de examinar, dictaminar e informar sobre la posibilidad de iniciar los estudios de las futuras obras del alcantarillado «si el presupuesto y las agallas de ciertos diputados hijos de puta lo permiten». Todo lo que hizo fue darse la gran vida traguitarreando y haciéndole la corte a las muchachas. Cuando menos se supo, regresó a la ciudad como quien dice si te vi no me acuerda y adiós perla. Por ser especialista en eso que llaman aguas negras tal vez tenía en lugar del olfato un inodoro o algo por el estilo pues, desde luego, no supo husmear las verdaderas razones que hacían imprescindible el sumidero. Esa quien sabe fue la causa de que diera un informe negativo en cuyas páginas procuró demostrar a cabalidad que los jóvenes munícipes de la isla basaban su exigencia en un motivo sentimental.

Felipe terminó de (evacuar también era sacar a los alumnos de la escuela con campanas, carajos y sálvese quien pueda cuando los ejercicios contra incendio.) Mojarras, pejesapos y sardinas seguían felices celebrando su merienda de negros. Salió del gabinete. Respiró nuevamente a pulmón lleno la brisa fresca e inodora. La balandra de los sanmiguelños movía su mástil a lo lejos, pero a bordo no se veía persona alguna. Deben haber desembarcado. ¿Por qué será?

En las noches de luna la gente joven organizaba reuniones en la playa. Juegos de prenda. Canciones. Regocijos. Coloquios íntimos. De esos ingenuos pasatiempos nacían los matrimonios y los hijos. Pero algo dificultaba y aun dañaba la perfumada brisa de esas tertulias. Recién llegado, Hipólito se entretenía una noche de plenilunio con un grupo de amigas y de amigos en la bahía. Hubo ronda de tragos y adivinanzas. Se contaron historias de aparecidos. El fantasma de un perro negro enorme seguía asustando a veces a los viandantes que cruzaban de noche por el recodo de las ánimas. Al llegar las guitarras, entonaron canciones a dueto o en coro. Don Plácido, que estaba allí presente con sus hermanas solteronas, tuvo el capricho de oír algunos vales y bambucos de sus mejores años. Josefita del Vasto, que dirigía los coros en la iglesia y aun en la procesión del Viernes Santo, se dejó convencer y con voz de contralto hizo recordar a Ladera los duros tiempos de la guerra civil: «¡Adiós, adiós, lucero de mis noches! —dijo un soldado al pie de una ventana— ¡Me voy... pero no llores, alma mía, que volveré mañana!» A lo largo de las demás estrofas, la voz de

Josefita enterneció tanto a las jóvenes como a las veteranas, narrándoles la historia de quien al día siguiente de despedirse de su amada, muere en el campo de batalla y, aun desde el más allá, su misteriosa sombra sigue cantándole a la novia: No llores, alma mía, que volveré mañana. Luna, misterio y miedo pusieron puntos suspensivos en la reunión. Una de las maestras de la escuela, Marúcha Vela, que de niña había estudiado en un colegio de monjas de California, recordó un valse que aun se bailaba en su época de colegiala. ¿Quieren oírlo? Lo sé en inglés. Y empezó a modular las primeras frases. «**After the ball is over.**» La concurrencia protestó. Preferían escucharlo en cristiano. Rasgieron las guitarras. Josefita del Vasto y Micaela Camargo hicieron dúo, pero empezaban apenas a entonarlo cuando («**las luces se apagaron, el baile terminó**») se oyó el silbato del policía Cairote y, de inmediato, enmudecieron las voces y las cuerdas.

—Son las nueve de la noche —dijo alguien que pudo ser la niña Clo.

—¿Y eso qué tiene? Aún es temprano —comentó Hipólito.

—Por ser usted foráneo —dijo Cándida—, desconoce las costumbres del pueblo.

La luna seguía brillando espléndida sobre la arena blanca.

Una fila de enlutadas mujeres descendía por la rampa. Todas llevaban grandes vasijas blancas que despedían reflejos de porcelana. Por diversos senderos, más rosarios de idénticos fantasmas iban bajando a la bahía.

—¿Quiénes son ésas? —preguntó Hipólito—. ¿Las coéforas?

—No Las copróforas —dijo en broma don Plácido.

Felipe, más expedito y deslenguado, puso en claro el enigma.

—Son las viejas del pueblo, que a esta hora, cuando Cairote toca el pito, bajan con sus bacines llenos de mierda para vaciarlos en la playa.

En ese instante se sintió la hedentina.

Varios jóvenes de los allí presentes, que ya tenían adentro más de un trago, soltaron mil denuestos. Las brujas protestaron y, una de ellas, que era sin duda de las de rompe y rasga, rubricó el incidente con una frase de la más rigurosa liturgia coprolálica:

—Dejen de lloriquear, grandes pendejos, y no sigan jodiendo. Todo el que come, caga.

Para colmo de males, las mierdóforas no se tomaban ni siquiera el trabajo de descender hasta la playa ni menos hasta el mar sino que echaban su pestilente miasma donde les daba la real gana y en lo mejor del paso. Esa noche, la mala suerte le tocó a Hipólito quien, por ser nuevo en la isla y poco ducho en el arte de soslayar la caca, se empató sus botines en la melcocha escatológica.

Chago Manuel Ladera, que era Alcalde, volvió a encarajinarse contra el informe negativo del ingeniero sanitario:

—Mientras no haya en el pueblo luz, alcantarillado y acueducto, nuestras noches de luna no serán de canciones sino de miérdola.